

UAI-UFLO-UCU
CIAU 1
I CONGRESO DE INVESTIGACION EN ARQUITECTURA&URBANISMO
19-20 de Noviembre de 2025
Auspicio de Universidad Atlántida / Universidad Católica de Santa Fé /
Universidad San Pablo de Tucuman / Universidad de Mendoza / Universidad
Privada de Santa Cruz de la Sierra-Bolivia

YUXTAPOSICIONES SIMBOLICAS Y POTENCIALIDADES SIMBOLICAS:
LA CIUDAD EXAMINADA COMO TEXTO DESCIFRABLE
Guillermo Tella-Eleonora Baringotz¹

Palabras clave Construcción de la ciudad-Reproducción social-Orden
simbólico-Espacios extralingüísticos-Asimetrías de poder

Resumen

Nos proponemos examinar la construcción social de paisajes urbanos para comprender prácticas y contextos que los que se configuran. Como tales, más que meros entornos físicos, entendemos que constituyen procesos colectivos que reflejan dinámicas humanas y los valores de una sociedad en un momento determinado. Implica abordar desde una dimensión simbólica -dentro de los distintos discursos ordenadores del territorio- las acciones concretas de los actores y la apropiación del espacio y en consecuencia de los desequilibrios territoriales.

Los paisajes son reflejos de la identidad colectiva y están sujetos a cambios en función de las transformaciones sociales y poder. Estas perspectivas teóricas se complementan con una comprensión posestructuralista del paisaje que toma en consideración tanto su materialidad como el conjunto de significados sociales que le otorgamos, con lo cual ofrecen una visión pluralista de los espacios urbanos.

Nuestro objetivo es redefinir la noción de territorio desde una dimensión simbólica poco explorada, que contrasta con las teorías tradicionales del lenguaje en consonancia con las interpretaciones heterodoxas. En esta línea de abordaje, la ciudad se considerará como un entretejido de juegos de lenguaje y formas de vida en comunión con la tesis de una ciudad que *nos habla*, de una *ciudad como texto* o como texto infinito e indescifrable.

El lenguaje es considerado entonces como herramienta metodológica para comprender los procesos constitutivos del territorio en donde todos los componentes del tejido urbano cobran sentido a partir de la relación entre los *actores-habla*ntes de un lenguaje y las acciones que tienen lugar en los juegos que juegan.

1 Profesor-Investigador de FADU-UBA y FA-UFLO; Investigadora FADU-UBA

Es en esa cotidianeidad de sus formas de vida, intentaremos mostrar cómo que se entretejen espacios extralingüísticos como lugares dinámicos de interacción. Con lo cual, el territorio nos hablaría desde sus múltiples juegos de lenguaje engarzados con las múltiples formas de vida.

Cabe señalar que, para ello, partimos del supuesto de que existe una carga de símbolos que definen un acuerdo tácito, un discurso de la ciudad abarcado por una comunidad hablantes.

A partir de este acuerdo es posible establecer relaciones entre los individuos que desde una perspectiva que considera a la ciudad como una construcción histórico-social que devela asimetrías sistemáticas de poder y de acceso a recursos.

Si hablamos de lenguaje, ha de considerarse la dominancia de reglas, de actividades normadas a partir de un contexto extralingüístico, en un contexto de situación, en un lugar y en un espacio determinado.

En la construcción de la ciudad se imponen discursos ordenadores que transforman el territorio de acuerdo con intereses, aspiraciones y posibilidades, develando aquello que resulta de tal imposición. De tal modo, se expresan en el territorio fracturas de nuestras ciudades, donde los actores sociales afrontan disputas por el suelo, signadas por tensiones en la construcción de territorios de intercambio y de resignificación.

Complejo entretejido de formas de vida

La historia de movimientos y programas relativos a la construcción de una ciudad ha sido atravesada por diversas propuestas de cómo concebir el territorio o el espacio en donde éstas anclarían. Una de las más llamativas ha sido la que apela al concepto de *tabula rasa*, esto es quien comienza a diseñar lo hace a partir de un papel en blanco, sea porque no hay nada por ahí o porque se quiere correr del centro de las grandes urbes lo *feo* o *piojos* fuera de su perímetro. Esto último ha sido atribuido a la metodología empleada por Le Corbusier en su programa urbanístico.²

Cabe aclarar aquí que no vamos a debatir con los cultores de la corriente arriba mencionada en forma explícita. No pretendemos abordar la obra de Le Corbusier, repartida en distintas partes del mundo ni nos focalizaremos en sus consecuencias a nivel del *status quo* de los actores sociales en forma particular que encierra una concepción de la que mucho se ha hablado.

En síntesis, vamos a *mostrar*³ lo qué sucede a nuestro entender cuando corremos ese *algo piojoso* del perímetro de la construcción de la ciudad. Lo haremos repensando el territorio como un entretejido de formas de habitar que remite a un *complejo entretejido de formas de vida*.

Hoy y ahora, nuestra propuesta nos invita a ver otro lado de la moneda como argumento *ad limine* para reflexionar. Permítasenos una licencia para comenzar

² Véase: *Le Corbusier, ¿héroe o villano?: Pienso, pues, con toda frialdad, que hay que llegar a la idea de demoler el centro de las grandes ciudades y reconstruirlo, y que hay que suprimir el cinturón piojoso de los arrabales, trasladar estos más lejos y, en su lugar, constituir poco a poco una zona de protección libre que, en su día, dará una libertad perfecta de movimientos y permitirá construir a bajo precio un capital cuyo valor se duplicará y hasta se centuplicará.*

³ Para Wittgenstein, el mostrar es un proceso en el que lo mostrable se muestra a sí mismo y es mostrado por las oraciones del lenguaje. Wittgenstein no dice que lo mostremos nosotros, sino que se nos muestra.

a reflexionar atendiendo precisamente a la doble cara. La cara de la moneda que vamos a *mostrar* aquí representa una construcción de la ciudad vista desde un enfoque crítico que lejos de excluir a los actores sociales los convoca, ya que entiende que ellos y su circunstancia, esto es -su contexto- ocupan un lugar nodal en la construcción de aquella -cfr. Ortega y Gasset (1914)-.⁴

De ahí que, *ab initio* de nuestra exposición nos permitimos introducir por un momento una llamada, una imaginaria conversación asincrónica entre el dúo Greider y Garkovich (1994) y Wittgenstein (1953).

Recordemos que para este dúo el paisaje urbano es el reflejo de la identidad colectiva y están sujetos a cambios en función de las transformaciones sociales y de poder. Se trata de un marco teórico que parece compatible en algunas de sus propuestas con visión una postestructuralista, particularmente en la importancia que adquiere el lenguaje en la construcción y transformación de la ciudad.

Esto se debe a que para el posestructuralismo la ciudad, el paisaje se considera tanto en su materialidad como en el conjunto de significados sociales que le otorgamos, con lo cual ofrecen una visión pluralista de los espacios urbanos. En términos de Wittgenstein habla de *distintas formas de vida según los distintos juegos de lenguaje involucrados*, los cuáles no son absolutos, inmutables sino, por el contrario, dinámicos, cambiantes.

Nos preguntamos de dónde viene la conexión entre Wittgenstein y el posestructuralismo en arquitectura. Dicha conexión suele establecerse a través de la filosofía del lenguaje de Wittgenstein.

Se concibe, entonces, que su influencia en la idea postestructuralista alude a su concepción de que el lenguaje (y, por extensión, la arquitectura) construye la realidad y el significado en lugar de reflejarla, y mediante la propia arquitectura de la casa Wittgenstein en el primer Wittgenstein y en la construcción de la ciudad en el segundo Wittgenstein el lenguaje ocupa un lugar esencial.

Es claro que, aunque Wittgenstein es anterior, se lo ha considerado -seguramente, desde una interpretación heterodoxa- como una anticipación o un precursor de la deconstrucción y el pensamiento posmoderno en arquitectura. Entre las cuestiones que atenderemos en el desarrollo de nuestra exposición, queremos dejar sentado que:

1 Partimos de la premisa que *comprender el territorio implica adentrarse en las lógicas estructurales que orientan la reproducción del capital*. En esta línea cabe reconocer que en el territorio acaecen procesos en los que participan diferentes actores que modifican de modo sustancial las articulaciones entre espacio y sociedad. De aquí que reconocemos una fuerte impronta de los actores sociales en la construcción de la ciudad y en el paisaje urbano como expresión social de cierto orden territorial y de las relaciones que lo sustentan.

2 Intentaremos poner en evidencia cómo afectan las relaciones establecidas por el mercado a la estructuración del territorio y los fenómenos que conducen hacia la fragmentación social, la acumulación diferencial y la participación inequitativa de los distintos sectores de la población en el acceso a la ciudad.

⁴ La expresión *Yo soy yo y mi circunstancia* (y su versión extendida *Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo*) pertenece al filósofo español José Ortega y Gasset (1914). Con ella, el autor expresó la idea central de su pensamiento que consiste en concebir que la vida humana está intrínsecamente ligada a las condiciones y el entorno de cada individuo, siendo imposible concebirse a uno mismo sin sus circunstancias.

De esta manera, el territorio se considera -signado por una rueda de tres ejes que giran, por un lado, al ritmo del dinamismo de las interacciones entre los actores y por el otro al ritmo del conflicto y, por último, conforme al cambio en las relaciones de fuerza o de poder. No sólo se diferencian lugares, sino que además se establecen límites a sectores sociales mediante marcas simbólicas que otorgan estatus de lugar.

3 Abordaremos la construcción de una ciudad poniendo en evidencia la tensión esencial que entreteje las relaciones establecidas entre distintas dimensiones, a saber: económicas, políticas, simbólicas y territoriales. Por el otro lado, no vamos a abordar las diferenciaciones que se siguen de esa dinámica de las que emerge un nuevo *estatus de lugar*.

En este sentido vamos a mostrar cómo a partir del reconocimiento de las marcas simbólicas que remiten a percepciones sensoriales, a representaciones colectivas y a construcciones subjetivas, los actores sociales llegan a autoperibirse, tanto individualmente como grupo de pertenencia.

4 Intentaremos elucidar el concepto de *ciudad elusiva* apelando a cómo, la dinámica de la autopercepción involucra diversas caracterizaciones, delimitaciones y diferenciaciones que permiten reconocer discursos de segregación, de pugnas, de desigualdades que nos conectan con la diada inclusión-exclusión y la noción de borde.

De ahí que sostenemos que nuestro enfoque interpela a los actores sociales para develar cómo la diada mencionada acaba asignándoles posiciones diferenciadas en la reproducción de sus vidas. Asimismo, influye en cómo llegan a autoperibirse aquellos cuyo *locus* queda en la periferia que aparece consagrada como frontera de marginalidades.

5 Ilustraremos este marco de abordaje a partir de un recorrido por las transformaciones recientes en la región metropolitana de Buenos Aires apelando a la noción de paisaje de borde como frontera de marginalidades. Vamos a desanudar este entretejido de formas de habitar la ciudad a través de distintas viñetas mediante las cuales comenzamos este recorrido.

Viñeta 1: De la ciudad y sus dimensiones

Hemos mencionado que la construcción de una ciudad pone en tensión una serie de dimensiones que no pueden ser excluidas a la hora de planificarla. Dichas dimensiones, a saber: económicas, políticas, simbólicas, territoriales ponen en evidencia las relaciones establecidas por el mercado en la estructuración del territorio y los fenómenos que conducen hacia la fragmentación social, la acumulación diferencial y la participación inequitativa de los distintos sectores de la población en el acceso a la ciudad.

Hemos reservado esta viñeta para ahondar en estas dimensiones sin desconocer que en el paisaje urbano pueden encontrarse diferentes formas de asociadas a discursos:

En el paisaje urbano encontramos diversas formas de organización asociadas a los discursos: del orden, dado por el Estado a los espacios y a las actividades; del poder, dado por las relaciones de fuerzas instaladas; y, de la diferenciación, dado por su propia cualidad urbana (Tella y Lombardo, 2020). A estos discursos nos referiremos más adelante, si bien reconocemos que están presentes y afectan la manera en que los actores construyen la reproducción de sus vidas. En cuanto a la dimensión política y territorial, es el Estado quien establece reglas a través de sus políticas territoriales.

Es a quien le compete definir y configurar los territorios y sus límites, lo cual incide en la construcción de fronteras. Esto queda establecido, por ejemplo, a veces en forma clara y a veces en forma ambigua, en las reglamentaciones provinciales que intentan regular el territorio y también en los planes municipales de ordenamiento territorial.

Las reglamentaciones provinciales establecen tanto la identificación de fronteras como cuáles son las *áreas sujetas a regímenes especiales*, ya sea para la protección o expropiación de terrenos para la conservación del sistema ambiental. Para esto se elaboran códigos de ocupación territorial específicos, que requieren de ordenanzas referidas a la ocupación de cada zona en particular. Cabe señalar que para que estas regulaciones tengan valor *deberían ser el resultado de la interacción entre el ser humano y la naturaleza, lo cual se manifiesta en procesos sincrónicos y diacrónicos complejos* (Sosa Velásquez, 2012: 17).

En estos procesos los actores sociales tendrían que hacer oír sus voces, ya que el territorio no es sólo un espacio vacío sino es aquel que está esencialmente imbricado con la reproducción de sus vidas y en tanto tal cargado de significados. En cuanto a la dimensión económica, el orden territorial aparece ligado al valor de mercado que –valga la redundancia– pone en valor espacios que han sido calificados como zonas *no deseadas* o *relegadas* muchas veces, más que por las características del suelo por no ser habitadas por *gente como uno*. Poderoso caballero es Don Dinero dijo una vez el famoso poeta, novelista, dramaturgo, ensayista de opúsculos de todo tipo (filosóficos, políticos, morales...), don Francisco de Quevedo (Verdussen, 1699).

Y realmente lo es, tenemos muchos ejemplos de barrios enteros que son *mudados*. No sólo nos referimos a tierras ocupadas sino más bien a tierras subvaluadas. Barrios en donde habitan los *Feos, sucios y malos* (un guiño a Ettore Scola).

Lugar de barrios carenciados, barrios obreros, arrabales, pensiones y al mismo tiempo, lugares que mudan y se vuelven estratégicos. Esta mudanza en la percepción del lugar lleva a otra mudanza no deseada que conduce al exilio a los actores sociales que allí han desarrollado sus vidas, compartido sus historias –sus penas y sus glorias– a otro sitio que para ellos será un *no lugar* en sentido existencial.

En el debate sobre el concepto de *no lugar* cita Fernández González (2021) un ejemplo lo ocurrido con los paseos principales de dos de las ciudades más grandes de España: la Gran Vía de Madrid o el Passeig de Gràcia en Barcelona: (...) *la consecución sucesiva de tiendas inaccesibles para la población local, así como la gentrificación de los barrios aledaños ¿no es acaso un claro ejemplo donde los no-lugares comen el terreno a los lugares? Más concretamente, podríamos hablar de las tiendas de ultramarinos resilientes o mercerías acorraladas entre hipertiendas de la cadena Inditex que se sublevan ante una modernidad líquida que las amenaza*.

El exilio de unos y la apropiación de otros pone en práctica una mudanza que genera nuevos lugares que contribuyen a la construcción de una espacialidad idealizada, bucólica, segura, en donde en la pugna por el poder triunfa el mercado, vis-à-vis, el poder económico. Los diferentes actores han pujado por la legitimación colectiva del derecho a vivir y habitar la ciudad tras lo cual podemos ver que sus expectativas colisionaron con las de los promotores.

Esta puja culmina en la ocupación del lugar por grandes emprendimientos inmobiliarios, ya sea de viviendas o de concentración de comercios de diversos rubros que resignifican el espacio físico, el *nuevo lugar* resignifica el paisaje urbano, un lugar que es ajeno a los actores sociales que fueron desplazados, expulsados, excluidos, un lugar que les es ajeno y del que ya no podrán disfrutar. Llegados a este punto, se ponen en evidencia que las relaciones establecidas por el mercado en la estructuración del territorio, del paisaje urbano como expresión del orden territorial y los fenómenos con los que se nutre, conducen hacia la fragmentación social, la acumulación diferencial y la participación inequitativa de los distintos sectores de la población en el acceso a la ciudad (Tella y De Sousa, 2021). La mudanza de unos actores por otros de mayor nivel adquisitivo culmina en un proceso de gentrificación definida por la RAE como *proceso de renovación de una zona urbana, generalmente popular o deteriorada, que implica el desplazamiento de su población original por parte de otra de un mayor poder adquisitivo*.

Este proceso de cambio genera nuevas relaciones entre espacio, poder e identidad se expresan mediante símbolos y elementos materiales que comunican ideas y valores y que contribuyen a ordenar y a reconfigurar el territorio, la población, las inversiones. De modo que encontramos varios discursos socialmente legitimados en la noción de periferia entendida como frontera de marginalidad.

Tal como anticipamos más arriba se imbrican: el discurso del orden, dado por el Estado a espacios y actividades; el discurso del poder, dado por las luchas sociales y las relaciones de fuerza instaladas; y el discurso de la diferenciación, dado por cualidades socio-territoriales que marcan esas fronteras. En consecuencia, en la periferia, se establece una relación dialógica entre la reproducción de la ciudad y la reproducción de la vida.

Es momento de sumar a este recorrido lo que acaece en relación con el orden simbólico.

La relevancia de lo que arroja la construcción de la ciudad, la interpretación simbólica lo que constituye el paisaje urbano visto desde el orden simbólico es cuasi intangible, ya que subyace e interrelaciona a las dimensiones anteriores. El orden simbólico es en definitiva el que urde el entretejido de relaciones como interrelaciones *dadas* en un complejo sistema de discursos. Metafóricamente el orden simbólico es como el motor inmóvil aristotélico.⁵

Viñeta 2: Yuxtaposiciones simbólicas y potencialidades espaciales: la ciudad como texto descifrable y las utopías insurgentes

En esta viñeta nos proponemos redefinir el territorio desde una dimensión simbólica poco explorada, que contrasta con las teorías tradicionales del lenguaje y en consonancia con las interpretaciones heterodoxas de Wittgenstein (1953). Conforme a este enfoque se efectúa una relectura del territorio a partir del orden simbólico mediante la cual se lo considera como un entretejido de *juegos de lenguaje y formas de vida* en comunión con la tesis de una *ciudad que nos habla*, de una *ciudad como texto* o como *texto infinito descifrable* (Margulis, 2002).

⁵ El primer motor inmóvil o motor primario es un concepto metafísico descrito por Aristóteles como la primera causa de todo el movimiento en el universo, y que por lo tanto no es movido por nada.

El lenguaje constituye la herramienta mediante la cual es posible comprender los procesos constitutivos del territorio en donde todos los componentes del tejido urbano cobran sentido a partir de la relación entre los actores-hablaantes de un lenguaje y las acciones que tienen lugar en los juegos que juegan.

Es en esa cotidianeidad de sus formas de vida, entendemos que se entretejen espacios extralingüísticos como lugares dinámicos de interacción de modo que es en el orden simbólico en que la comunidad de actores-hablaantes definen mediante acuerdos tácitos el discurso de la ciudad que nos habla que resulta un complejo, un ramillete de diferentes discursos que como hebras de una urdimbre se entrecruzan, en un entretejido.

Asimismo, es en la cotidianeidad de sus formas de vida, en la que entendemos que se entretejen también espacios extralingüísticos como lugares dinámicos de interacción. Con lo cual, el territorio nos hablaría desde sus múltiples juegos de lenguaje engarzados con las múltiples formas de vida.

El discurso de la ciudad como *texto descifrable* es el resultado de un acuerdo tácito, un acuerdo que reconoce una comunidad de actores-hablaantes que juegan diversos juegos según sus formas de vida, todas válidas e identitarias, en tanto se relacionan intrínsecamente con el conjunto de rasgos propios tanto de un individuo como los de una colectividad que los caracterizan frente a los demás.

A partir de aquel acuerdo se establecen relaciones entre los individuos como construcción histórico-social que estructuran aquellas asimetrías sistemáticas de poder que habíamos mencionado y dirimen y controlan el acceso a recursos cristalizadas en la díada inclusión-exclusión.

Hablar de un orden simbólico del territorio implica considerarlo -en un sentido significativo- como discurso aprehensible por todos los individuos en el proceso de reproducción de sus vidas.

Asimismo, implica considerar la dominancia de reglas, de actividades normadas a partir de un contexto extralingüístico, en un contexto de situación, en un lugar y en un espacio determinado. Así aquellos discursos ordenadores que se imponen en la construcción de la transforman el territorio de acuerdo con intereses, aspiraciones y posibilidades que pactan previamente el lugar de los unos y los otros.

Por otro lado, la suma de los discursos que se encarnan en el territorio sumados a las disputas por el suelo que afrontan los sectores populares signadas por tensiones delinean las fronteras en la construcción de territorios de intercambio y de *resignificación* a partir de la noción de borde (Tella y Fernández, 2023).

En consecuencia, el territorio ofrece múltiples discursos que resultan ordenadores de acuerdo con intereses, aspiraciones y posibilidades, yuxtaponiendo huellas, marcas y trazos en la ciudad, que evidencian asimetrías sistemáticas de acceso a recursos.

Existen distintos abordajes para leer esta yuxtaposición de discursos volcados en acciones concretas de los actores y la apropiación del espacio y en consecuencia de los desequilibrios territoriales. Asimismo, debe quedar en claro que el enfoque que presentamos atiende a las distintas realidades de los actores-sociales.

Es esta perspectiva la que nos permite observar que el territorio no sólo está polarizado, sino que concurren en él fuertes contrastes socioespaciales, pugnas de poder en la que se arroja a los sectores populares a la periferia con la consecuente pérdida de la identidad, la exclusión y la marginalidad.

Viñeta 3: Periferia, borde y marginalidad

El territorio no es uno y el mismo, sino que suele desdibujarse, convergen en él distintas realidades que a veces logran entretorse como una trama desigual pero compacta y otras veces no pueden entrelazarse, más que por su materialidad, por la falta de comprensión del otro y del sentido que nos identifica como alguien frente a la alteridad.

El territorio se nos aparece como un mueble de doble frontis. Por un lado, puede ser visto como una amalgama, en términos de la RAE: *una unión o una mezcla de cosas de naturaleza contraria o distinta* que se yuxtaponen y en las cuales *deberían* concurrir los intereses del conjunto de las construcciones histórico-sociales.

Por el otro lado, se nos aparece como el resultado de una fragmentación social tras la cual unos de los actores sociales son arrojados a un *no-lugar* en el cual deben defender su inocencia. Son anónimos para sí mismos y son resignificados a partir de estereotipos que los estigmatizan: Son *aquellos pobres que viven en la marginalidad*, los feos, los piojosos, los arrabaleros, los que no son como uno, los que viven en el borde.

Esto acaece, de más está decirlo, luego de que afrontan la disputa por el suelo, signada por tensiones en la que lejos de construir territorios de diálogo que permitan un intercambio, se los vacía de sentido, se los despoja de la alteridad porque ya no hay un otro en que puedan reconocerse.

La articulación entre constantes y matices permite entonces generar ciertas aproximaciones explicativas a la noción de periferia, que aparece consagrada como frontera de marginalidades, mediante una configuración unívoca de límites a la expansión de la pobreza; como demarcación simbólica, a través de estereotipos por los diferentes grupos sociales; y como trama de relaciones de poder, entablando luchas y alianzas para modelar nuevas realidades espaciales. Al mismo tiempo la noción de paisaje de borde nos remite a como un tipo de paisaje inmersivo, que mienta la experimentación colectiva a partir de interacciones con el entorno, en diálogos desde/con/hacia el sitio, recuperándolo desde la perspectiva de ciudad-hablante.

Se trata de recuperar la versión heterodoxa wittgenteniana de Margulis (2002), que aplicada a el paisaje de borde contribuye a repensar el territorio como construcción simbólica de lugar, que al tiempo que integra, también disgrega y fricciona, poniendo en tensión complejas relaciones entre espacio, poder e identidad.

Nuevamente estas relaciones, expresadas mediante símbolos, comunican ideas y valores para ordenar y reconfigurar el territorio, la población, las inversiones. De modo que el símbolo se constituye en el factor clave para la diferenciación de los lugares, para construir identidad, para hacer ciudad.

El paisaje de borde, entonces, resulta escenario de pujas que entretorse las relaciones sociales que los sustentan y, en ese accionar, las diferencias simbólicas cualifican el territorio y definen ciertas marcas que determinan un nuevo estatus de lugar.

Junto a la interpretación de paisajes, se propone una mirada evolutiva de la noción de borde, su expansión y su consolidación, su impronta y sus atributos. Es dable observar cómo dichas diferencias remiten a percepciones, definiciones, descripciones y representaciones de lugar.

Es así como el paisaje, al ser aceptado y reproducido, generaría un determinado orden urbano, representando poderes en pugna, expresando identidad y estableciendo diferencias socioespaciales.

Vale destacar que el paisaje de borde no es presentado, entonces, como objeto natural sino como construcción social y como producto cultural que, como tal, genera enunciados que consagran tensiones entre los diversos colectivos sociales que lo emiten.

Como corolario de esta viñeta podemos concluir que una vez que introducimos la noción de ciudad que habla observamos, por un lado, cómo el paisaje de borde tiende a ser conclusivo, delimitado y diferenciado; y, por el otro lado, cómo su existencia sostiene las condiciones necesarias de reproducción.

Así la respuesta que emite el paisaje de borde termina siendo en sí mismo un enunciado a develar. Y éste es uno de los desafíos que presenta esta mirada: explicitar una suerte de discurso urbano, legitimado socialmente, en el que el paisaje *nos habla* para expresar orden, poder y diferenciación. El paisaje es pues el escenario de conflictos semánticos (Figura 1).

Figura 1: La construcción social del barrio Nicole, La Matanza



Fuente: Elaboración propia (2020).

Viñeta 4: El proceso autogestivo de un barrio *del atrás*

Las crecientes pujas impulsadas por sectores populares en demanda del acceso a la vivienda y a la provisión de servicios urbanos básicos ponen de relieve la ausencia deliberada de políticas públicas, fundamentalmente, en áreas de periferia metropolitana. En esta lógica de construcción de la ciudad, las administraciones locales, encandiladas por *las luces del centr*”, sostienen

mecanismos de gestión que acentúan inequidades sociourbanas, subsumiendo a población vulnerable a vivir en el borde, a habitar *el atrás*.

Cuando actúan sobre el territorio, los actores sociales lo hacen también sobre un plano simbólico, modificando las condiciones materiales. Irrumpe así la noción de frontera como depositaria de valoraciones y de significaciones sobre *un adentro* y *un atrás*. El centro o la periferia producen formas de percepción social muy diferentes. Habitar la periferia, *ese atrás*, ofrece como supuesto la marginalidad misma, con complejas desigualdades en la dotación de vivienda, de infraestructura, de equipamientos, de transporte.

Tal situación los condena a llevar adelante procesos autogestivos de producción social de su hábitat, mediante la ocupación informal de suelo -principalmente, en sectores de extrema fragilidad ambiental- para autoconstruir con precariedad sus casillas. A modo de ejemplo, cabe citar que -según registros recientes- la región metropolitana de Buenos Aires cuenta con dos mil barrios populares distribuidos en 200 km² (superficie equivalente a la de la propia Ciudad de Buenos Aires), donde residen 2,5 millones de personas.

Vivir en la periferia es hacerlo en una representación subjetiva estigmatizada, atravesada por una carga simbólica que arroja al individuo hacia los bordes de un mundo construido que lo excluye y lo sumerge hacia posiciones cada vez más desfavorables. Nuestras periferias urbanas se presentan, así como territorios en transición, como fragmentos en situación de espera, de cambio de destino. Allí la ciudad manifiesta una discontinuidad del tejido edificado, una ocupación fragmentada y una pérdida del paisaje rural.

Situado en el interior profundo del municipio de La Matanza, el Barrio *Nicole* expresa las formas más extremas de habitar el borde, de habitar *ese atrás*. Se conformó en 1997 con un grupo de 100 familias relocalizadas, procedentes de Ciudad Evita y Villa Fiorito. El barrio se caracteriza por encontrarse frente a módulos de la CEAMSE -que hoy conforman altas montañas de residuos- y lindar con el contaminado arroyo Morales, con tres cementerios privados -que aíslan al territorio- y torres de alta tensión que lo atraviesan.

Estas familias desconocían todo el camino que deberían atravesar para alcanzar condiciones mínimas de habitabilidad. Año tras año se repiten inundaciones, por ejemplo, con daños y pérdidas materiales y una secuencia de infecciones y enfermedades complejas. Tales condiciones de insalubridad y de contaminación detonaron situaciones tremendas, tal como que varios niños y niñas perdieran sus vidas debido a crisis respiratorias o a tragedias mientras jugaban en aguas de las cavas abandonadas de las inmediaciones.

Ante la ausencia del Estado, situaciones de este tenor llevaron a la comunidad a comprender que se encontraban en *territorios sin esperanza*. Y ello los impulsó a organizarse internamente con inmediatez para el armado del asentamiento en el que les tocó recaer. De tal modo, mientras cortaban rutas para visibilizar sus reclamos, con participación de toda la comunidad, fueron levantando las primeras casillas; luego, surgió alguna canilla para uso comunitario; seguidamente, una provisoria salita para asistencia sanitaria.

La autoconstrucción del asentamiento fue adquiriendo consistencia y, con ello, emergió la inquietud de darle un nombre a ese barrio como modo de legitimación. Varias opciones surgieron, incluso la de niños *mártires*, víctimas de las penurias del entorno. Sin embargo, se acordó que el nombre diera cuenta de las carencias del naciente barrio. Y, dado que no tenía *ni colectivo, ni colegio, ni nada*, hoy

Nicole es tributo a esa esperanza de decenas de familias -expulsadas de barrios lejanos- de reconstruir su dignidad (Figura 2).

Figura 2: La periferia como frontera de marginalidades
Fuente: Elaboración propia (2020).



Mientras domina la indiferencia estatal, las familias hoy caminan con orgullo por su barrio de casas consolidadas, de calles mejoradas, pero sin olvidar sus dolorosos comienzos, sus logros cosechados ni, tampoco, las enormes necesidades que aún persisten. Esto determina condiciones de fragilidad territorial y de vulnerabilidad social como claves para interpretar el proceso reciente de construcción de nuestras periferias urbanas, que condensa un entramado de disputas entre diferentes actores sociales para ordenar el territorio (Tella, 2022).

La ciudad se consolida por la interacción entre grupos que pujan para acceder al suelo, por las acciones emprendidas por los gobiernos locales y por los marcos regulatorios que definen el ordenamiento, la valorización y la diferenciación del espacio construido. Así examinada, la periferia es concebida como zona de frontera que se deslinda de un atrás no urbanizado, hostil, incierto, temido; y que demarca un adentro signado por carencias, ausencias y privaciones y que lo torna tan singular con un borde no urbanizado.

A partir de casos como Barrio *Nicole*, observamos cómo habitar el atrás expresa un mecanismo de gestión que es impulsado y sostenido por las políticas públicas locales para ordenar las relaciones de fuerza, las diferencias de lugares, las distancias sociales. De este modo, encontramos varios discursos socialmente legitimados: el discurso del orden, dado por el Estado a espacios y a actividades;

el discurso del poder, dado por las luchas sociales; y el discurso de la diferenciación, dado por las relaciones de fuerza instaladas.

Referencias bibliográficas

- Fernández González, Sofía (2021), *Aproximación al concepto de no-lugar en la era de la cultura líquida: internet*. Madrid: Bibliotecas, Vol. 36, Nro.1.
- Greider, Thomas y Garkovich, Lorraine (1994), *Landscapes: The Social Construction of Nature and the Environment*. Rural Sociology, 59, 1-24.
- Margulis, Mario (2002), *La ciudad y sus signos*. Buenos Aires: Estudios sociológicos, Vol. XX, Nro. 60.
- Ortega y Gasset, José (1914), *Meditaciones del Quijote*. Madrid: Imprenta Clásica Española.
- Sosa Velásquez, Mario (2012), *Cómo entender el territorio*. Guatemala: Universidad Rafael Landívar, Colección Documentos para el Debate y la Formación.
- Tella, Guillermo (2022), *Habitar el borde: Condiciones materiales del proceso de construcción de la ciudad. El caso del barrio Nicole*. En: Revista Posición, Nro. 08, pp. 01-15. Instituto de Investigaciones Geográficas de la Universidad Nacional de Luján.
- Tella, Guillermo y De Sousa Mitchell (2021), *Paisaje Urbano. Estrategias para intervenir un Riachuelo en ciernes*. Buenos Aires: Diseño Editorial.
- Tella, Guillermo y Fernández, Analía (2023), *Paisajes de borde: Repensando el territorio como construcción simbólica de lugar*. Buenos Aires: Ediciones Azzurras.
- Tella, Guillermo y Lombardo, Juan (2020), *Construir la periferia: Procesos, mecanismos y derechos en la ciudad de borde*. Buenos Aires: Diseño Editorial.
- Verdussen, Henrico (1699), *Obras de Don Francisco de Quevedo Villegas*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (2003).
- Wittgenstein, Ludwig (1953), *Investigaciones Filosóficas*. Barcelona: Editorial Crítica.